

La comunidad invadida por una «Fuerza de lo Alto»

Por qué la Iglesia. Segunda parte, Cap. 2 punto 2

Hemos visto que los primeros cristianos expresaban la firme persuasión, en los documentos que nos quedan de su vida, de que la realidad de Cristo viviente envolvía su vida redimiéndola, asumiéndola en la suya propia y convirtiéndola en el misterio de una compañía trabada y unitaria. Lo que no significa exclusivamente un estar físicamente juntos, aunque esto tenga un valor ineludible. La persuasión que hemos visto en las primeras iglesias cristianas se refiere más bien al hecho de que no se puede prescindir de la comunidad, ante todo y sobre todo con relación al modo de concebirse a sí mismos. Esto nos lleva al segundo factor constitutivo del fenómeno de la Iglesia que se advierte en la documentación de los orígenes. Este factor indica la dimensión excepcional que tenía la conciencia en que vivían aquellos primeros cristianos.

Ya hemos aludido al hecho de que la conciencia que tenían de sí mismos era que representaban la verificación, la realización práctica definitiva de aquello de lo que había sido profecía, como figura histórica, el pueblo de Israel. Aun dentro de sus dimensiones restringidas, tenían conciencia de que con su compañía estaba comenzando un mundo nuevo, esos tiempos nuevos que verían al pueblo de Israel que ellos representaban con su rostro completo como portador de la salvación para toda la humanidad.

Pero estos elementos de la conciencia cristiana primitiva se explican mejor si los ponemos en relación con otro dato más sintético y determinante.

Desde el punto de vista interior, es decir, en la conciencia de sí misma que tenía la gente que se reunía, la idea dominante era que su vida había sido movilizada y transformada por una acción de lo alto a la que se señalaba como «don del Espíritu».

«Llegado el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar. De repente vino del cielo un ruido como de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que dividiéndose se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse» (Hch 2, 1-4).

Los Hechos de los Apóstoles narran aquí un hecho fundamental que se registró en la Iglesia primitiva, no en el sentido de que entonces comenzara por primera vez a existir la comunidad de Jesucristo, pues, como hemos visto, esa comunidad existía ya.

Lo fundamental en este hecho era que se aclaraba en su origen la esencia de esta comunidad en cuanto realidad invadida de «una fuerza de lo alto».

Recordemos que Jesús había prometido a los suyos una energía, una fuerza nueva para comprender y encontrar consuelo, precisamente en el momento en que retornaba al Padre. «Yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador para que permanezca con vosotros para siempre» (Jn 14, 16). O también: «Mucho podría decir os aún, pero ahora no podéis con ello. Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa...» (Jn 16, 12-13). «Mirad, yo voy a enviar sobre vosotros la Promesa de mí Padre. Por vuestra parte permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos de poder desde lo alto» (Lc 24, 49).

Veamos qué implica esta convicción que tenía la cristiandad primitiva de saberse constituida por el «don del Espíritu» o por la «fuerza de lo alto».

b) Un comienzo de cambio experimentable

La expresión que hemos puesto de relieve en la frase de Pablo, «arras del Espíritu», es decir, inicio, prenda o primicia -como se quiera decir-, indica lo que el cristiano está llamado a experimentar y a demostrar: el amanecer de un mundo nuevo.

Lo que recuerda aquella frase que Jesús pronunció, según la cual quien comprometa toda su existencia en seguirle recibirá «mucho más al presente y, en el tiempo venidero, vida eterna» (Lc 18, 30).

Un cristiano adulto, cuya adhesión al cristianismo es razonable, está llamado a intuir el espesor existencial que encierra esta frase y a experimentar las primicias de su alcance. Si no se acepta el reto de esta frase del Evangelio, está justificada la duda de que se esté hablando de cristianismo o de fe en abstracto.

Con el don del Espíritu los cristianos tienen la posibilidad de comenzar a experimentar la realidad de un modo nuevo, rico en verdad y cargado de amor. Porque es justamente la realidad cotidiana lo que se transforma, y el tiempo presente el tiempo en que se recibe «mucho más»; son las connotaciones normales de la existencia humana las que cambian: el amor entre hombre y mujer, la amistad entre los hombres, la tensión de la búsqueda, el tiempo de estudio y de trabajo. Sin pasar por esta experiencia resulta muy difícil, por no decir imposible, adquirir una convicción capaz de construir. Si se deja implícito y no se explícita el valor de esta primicia del Espíritu, es decir, si no se toma conciencia de lo que significa, jamás se caerá en la cuenta de la potencialidad cultural que tiene la propia fe, ni se alimentará su dinamismo crítico y operativo.

El don del Espíritu tiene como resultado hacernos evidente que estamos inmersos en ese nuevo flujo de energía provocado por Jesús, nos manifiesta que formamos parte de ese nuevo fenómeno. Porque el don del Espíritu es una fuerza que invade a los hombres que Cristo ha llamado a su «ecclesia». El les confiere una nueva consistencia en función del objetivo inmediato de su llamada: la edificación de la comunidad, primicia del mundo nuevo.

Quisiera advertir de pasada que sólo nuestra mentalidad contemporánea, resquebrajada por siglos de distorsiones y acentuaciones inorgánicas del fenómeno humano, es capaz de sentir oposición entre la consistencia de la personalidad del individuo y la consistencia de una realidad comunitaria.

Guardini observa de manera muy aguda: «La auténtica concepción cristiana de la comunidad y de la personalidad no brota de hipótesis desligadas de la realidad, ni de presupuestos psíquicos gratuitos, sino de la vida real en su totalidad, concebida sin prejuicios. El ser hombre es dado a la vez como personalidad y como comunidad, y ambos aspectos van unidos, o mejor, la comunidad existe ya como disposición vital en la personalidad, del mismo modo que ésta está ya necesariamente contenida en la comunidad, sin que por ello se atente a la relativa sustantividad de estas formas primarias de la vida... Por tanto la Comunidad de la Iglesia se ordena esencialmente a la personalidad, y la personalidad cristiana se ordena esencialmente a la comunidad. La unión de las dos es la Nueva Vida»¹.

c) La capacidad de pronunciarse ante el mundo: fuerza testimonial y misionera

El don del Espíritu da un impulso a esta nueva personalidad que otorga a su vida una capacidad comunicativa fecunda, comunicativa de la novedad que Cristo ha traído al mundo. De modo que tanto el individuo como la comunidad se sienten en condiciones de pronunciarse ante el mundo.

En el lenguaje religioso la palabra profecía expresa de la manera más adecuada lo que encierra esta capacidad de manifestación.

En los Hechos de los Apóstoles se recoge el discurso de Pedro tras el acontecimiento de Pentecostés: «Es lo que dijo el profeta Joel: Sucederá en los últimos días, dice Dios; derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán sus hijos y sus hijas» (Hch 2, 16-17).

Profeta es quien anuncia el sentido del mundo y el valor de la vida; y de aquí brota el significado ordinario de la profecía como anticipo de la trayectoria futura de las cosas: la vida humana está hecha de condiciones objetivas que, si no se reconocen, ello comporta determinadas consecuencias. La fuerza de la profecía es la fuerza de un conocimiento de lo real que no proviene del hombre sino que viene de lo alto, tal como se describe vigorosamente en el Antiguo Testamento cuando se narra la vocación profética de Jeremías:

«Entonces me fue dirigida la palabra
de Yahvé en estos términos:
Antes de haberte formado yo en el seno
materno, te conocía,
y antes que nacieses, te tenía consagrado:

¹ Romano Guardini, *El sentido de la Iglesia*, p. 54, Ed. «Dinor», San Sebastián 1958.

yo profeta de las naciones te constituí.
Yo dije: " ¡Ahí, Señor Yahvé! Mira que no sé expresarme, que soy un muchacho ".
Y me dijo Yahvé:
No digas; "Soy un muchacho",
pues a dondequiera que yo te envíe irás,
y todo lo que te mande dirás.
No les tengas miedo,
que contigo estoy yo para salvarte» (Jr 1, 4-8).

Esta capacidad de adhesión a una realidad nueva y de confesión de ella se pone en marcha y comienza a mostrarse en el día de Pentecostés. Parecen un eco de este pasaje del Antiguo Testamento que repercutiera en la madurez de la historia las palabras de consuelo más explícitas de Jesús referidas a los momentos de dificultad y sufrimiento que sus discípulos no conocían aún: «Cuando os lleven a las sinagogas, ante los magistrados y las autoridades, no os preocupéis de cómo os defenderéis o qué diréis, porque el Espíritu Santo os enseñará en aquel mismo momento lo que conviene decir» (Lc 12, 11-12).

Así pues, esta mayor consistencia de la personalidad de cada uno y de la comunidad toda a la hora de manifestar ante el mundo la novedad traída por Cristo, saca su savia vital de una fuerza que no es sólo verbal, que no se queda en simples discursos, sino que penetra y cambia los quicios de la existencia hasta tal punto que con razón podrá decir Pablo a los Tesalonicenses: «Conocemos, hermanos queridos de Dios, vuestra elección; ya que os fue predicado nuestro Evangelio no sólo con palabras sino también con poder y con el Espíritu Santo...» (1Ts 1, 4-5). Y concluirá la misma carta exhortando: «No extingáis el Espíritu; no despreciéis la profecía; examinadlo todo y quedaos con lo bueno» (1Ts 5, 19-20).